

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN UN MUNDO GLOBALIZADO: ¿ALGUNA NOVEDAD?

Social movements in a globalized world: something new?

Salvador MARTÍ I PUIG

Universidad de Salamanca

✉ *smarti@usal.es*

BIBLID [1130-2887 (2004) 36, 79-100]

Fecha de recepción: diciembre del 2003

Fecha de aceptación y versión final: febrero del 2004

RESUMEN: En el texto que sigue se aportan algunos apuntes sobre el impacto que ha tenido la globalización en los actores políticos colectivos que convenimos en llamar movimientos sociales o «redes de movimientos» haciendo un especial énfasis –aunque no exclusivamente– en aquellos que han surgido en América Latina. Para ello, dividimos el texto en tres partes: una primera que presenta algunas referencias sobre el contexto global y su impacto en la política; una segunda donde se desarrollan diversos ángulos –coincidentes con las diversas perspectivas analíticas– desde donde interpretar los movimientos sociales (observados desde una perspectiva amplia y difusa) en el nuevo entorno global; y finalmente, a modo de reflexión, una tercera donde se esbozan algunas cuestiones sobre la forma que adquieren los movimientos sociales en el nuevo siglo que empieza.

Palabras clave: movimientos sociales, globalización, redes de resistencia global, estructura de oportunidades políticas, repertorio de acción colectiva.

ABSTRACT: The article develops a number of issues regarding the impact of globalization on collective political actors which we tend to term social movements, or «networks of movements», placing particular emphasis –but not exclusively– on those movements which have emerged in Latin America. To this effect the article has three sections. Firstly, it present a discussion of the global context and its impact on political. Secondly, it develops different explanatory perspectives –which coincide with different analytical frameworks– for the observation of social movements (taken in a broad sense) in the newglobal context. Finally, the article reflects on issues concerning the changing forms of social movements as a new century dawns.

Key words: social movements, globalization, global resistance networks, political opportunity structures, collective action strategies.

I. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES ANTE UN NUEVO PAISAJE

Si partimos de la premisa de que los movimientos sociales son una forma de acción política colectiva que implica la preexistencia de un conflicto que trata de resolverse a través de la movilización, hablar de movimientos sociales en la actualidad indica que algo anda mal (al menos para unos cuantos) en «nuestro» nuevo orden global y con un especial énfasis en la región latinoamericana. Y es que, efectivamente, un movimiento social surge porque existen tensiones estructurales que generan la vulneración de determinados intereses –a veces muy concretos y otras difusos– y porque la voluntad de enfrentarse a esta vulneración no la asume ninguno de los otros actores colectivos existentes –ya sean partidos o grupos de interés–. Además, los movimientos sociales surgen también porque hay determinada gente que no está satisfecha ni con el orden «nuevo» social existente ni con cómo se regulan y resuelven los conflictos que de él emergen. A raíz de lo expuesto, a veces «esta gente» se moviliza con la voluntad de enfrentarse a la vulneración de dichos intereses a través de formas organizativas horizontales, participativas, solidarias, con un alto nivel de integración simbólica y un bajo nivel de especificación de papeles (Ibarra, 2000). Y de ello aparece el actor político colectivo al que llamamos «movimiento social» (Klandermans, 1994).

Pero si bien es cierto que movimientos sociales siempre ha habido... también es necesario señalar que éstos han ido cambiando su naturaleza a la par que lo han hecho los escenarios sociales. Y hoy el escenario donde cabe enmarcar buena parte de las movilizaciones es el de un mundo crecientemente globalizado. Así, en el texto que sigue se aportan algunos apuntes sobre el impacto que ha tenido este nuevo contexto en los actores políticos colectivos que convenimos en llamar movimientos sociales o «redes de movimientos», haciendo un especial énfasis –aunque no exclusivamente– en aquellos que han surgido en América Latina. Para ello, dividimos el texto en tres partes: la primera, presenta algunas referencias sobre el contexto global y su impacto en la política; la segunda, desarrolla diversos ángulos –coincidentes con las diversas perspectivas analíticas– desde donde interpretar los movimientos sociales en el nuevo entorno global; y finalmente, a modo de reflexión, una tercera donde se esbozan algunas cuestiones sobre la forma que adquieren los movimientos sociales en el nuevo siglo que empieza.

II. LO GLOBAL Y SU IMPACTO EN LA POLÍTICA

II.1. *Sobre la globalización*

¿Qué es la globalización? Ciertamente, existen múltiples definiciones de este manoseado concepto. Según el Fondo Monetario Internacional la globalización es «la interdependencia económica creciente del conjunto de países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al mismo tiempo que la difusión acelerada de la tecnología». Con todo, a pesar de esta definición, acuñada por uno

de los promotores de este proceso, existen otras menos neutrales. En esta dirección, uno de los teóricos de este tema, Ulrich Beck (1998a), distingue entre los conceptos de globalización, globalidad y globalismo con el objetivo de acotar y reorganizar su campo de investigación.

Beck (1998a) equipara el globalismo con la ideología y el discurso neoliberal, es decir, con esa jerga que celebra la «utopía del anarquismo mercantil del Estado mínimo» y del progreso lineal e ininterrumpido y que supone la aplicación de políticas de libre mercado y de desregularización. El segundo concepto, el de globalidad, se refiere al hecho de que vivimos en una «sociedad mundial» donde las fronteras se erosionan y existen múltiples interdependencias. Pero esta afirmación es válida en el caso de catástrofes ecológicas, en lo que respecta a la movilidad de flujos de capitales o en la penetración de los hábitos culturales patrocinados por los grandes grupos mediáticos, pero no lo es para la movilidad de la mano de obra, el disfrute de la seguridad social o el acceso a la educación. Es en este marco en el que también diversos teóricos señalan la progresiva «deslocalización» de los factores productivos y de la constante interacción entre lo local y lo global. Con todo, si bien ello puede ser cierto en algunos casos, en esta afirmación también reside algún sesgo: a menudo son los ricos los que se globalizan y los pobres los que se localizan (Beck, 1998b). Y cuando no es así –piénsese en los procesos migratorios– los primeros construyen muros de contención. Y, finalmente, por globalización se entienden «aquellos procesos que tienen como consecuencia que actores transnacionales se introduzcan en las capacidades de poder, en las orientaciones, identidades y redes de los Estados nacionales y de su soberanía y pasen a través de ellas» (Held y McGrew, 2003).

De esta forma, los tres conceptos reseñados se refieren, sucesivamente, al discurso (el globalismo), a la interacción de los fenómenos en el espacio mundial (la globalidad), y a la desaparición de un orden político basado en la soberanía de los Estados (la globalización). Y, con ello, nos indican la aparición de «otra era», con una nueva ideología (el pensamiento único), con un espacio político dilatado (la arena política es el mundo, a pesar de que ésta se haga cotidiana en lo local) y con un conflicto donde los actores políticos hegemónicos ya no son los Estados sino que aparecen con fuerza empresas transnacionales, grupos de interés y organizaciones multilaterales que ponen en cuestión uno de los conceptos clave de la política de los últimos siglos, el de la soberanía nacional.

II.2. Los impactos políticos de la globalización

En esta dirección cabe preguntarnos: ¿Qué control ejerce un Estado sobre su propia política monetaria, cuando está pendiente de su endeudamiento externo y sometido a las fluctuaciones de las transacciones financieras internacionales? ¿Cómo protege la seguridad de sus ciudadanos un Estado en un mundo con armas nucleares y de misiles capaces de transportarlas? ¿Cómo puede un gobierno salvaguardar el medio ambiente de su comunidad ante agresiones como la radiación nuclear acaecida

a miles de kilómetros de su territorio? ¿Qué influencia ejerce sobre los medios de comunicación, cuando se han privatizado la inmensa mayoría de los sistemas públicos, integrados ahora en unos pocos grupos transnacionales y rápidamente adaptados a la revolución digital y a la transmisión telefónica y por satélite? En estas condiciones, el Estado se convierte en uno más de los actores políticos planetarios y pierde protagonismo (Vallès, 2000). Ahora compite o colabora con una nueva constelación de actores políticos que invaden a menudo el ámbito de decisión que el Estado había considerado como propio y exclusivo.

Pero más allá de la definición de los conceptos expuestos y de la constatación de los cambios que se han producido durante los últimos tiempos, es preciso ver que en este nuevo escenario, como en todos los procesos históricos, hay ganadores y perdedores. En esta dirección cabe señalar, por ejemplo, que hoy las economías avanzadas con un 16,6% de la población mundial disfrutan de un 78% del PIB mundial –disponiendo cada uno de los habitantes del primer mundo (como mínimo estadísticamente) de 70 dólares al día–. En oposición a lo citado, casi el 57% de la humanidad, que vive en los países más pobres, sobrevive con un 6% del PIB global y cada uno de sus habitantes sobrevive con menos de dos dólares al día. Así, a una década de la caída del Muro de Berlín y del triunfo de las economías de mercado no se ha observado la tan preconizada reducción de la pobreza. Es más, entre 1987 y 1998 el número de personas en situación de pobreza extrema ha aumentado, siendo la distribución desigual de la riqueza la causa principal de la muerte, desnutrición y hambre que sufren los habitantes de nuestro planeta. Una distribución desigual que, durante las últimas décadas, ha sido negativamente dinámica: en 1960 el 20% de habitantes más ricos de la Tierra disponía de una renta 31 veces superior a la del 20% más pobre, mientras que en 1999 la renta del 20% más rico era 83 veces superior a los pobres (Ziegler, 2000: 116). Y todo ello, parece haberse acusado incluso más en América Latina y el Caribe, al ser el área del mundo donde se encuentran las mayores desigualdades en la distribución del ingreso y donde los individuos más ricos reciben una mayor proporción del ingreso¹.

Pero ante esta constatación cabe preguntarse a quién (y cómo) es preciso pedir responsabilidades en un contexto definido por «responsabilidades difusas», intereses opacos y actores que no están presentes en la escena pública. Ciertamente siempre existieron dificultades teóricas y prácticas para conciliar la afirmación de un poder estatal soberano con la idea democrática, pero hoy, en un orden de geometría variable y en cambio constante parece aún más difícil (Held *et al.*, 2003). ¿Cómo exigir cuentas a quienes toman decisiones en nombre de otros? ¿Hasta qué punto puede plantearse ahora la democratización de un sistema político globalizado donde existen tantos déficits democráticos?

1. En América Latina una cuarta parte del total de la riqueza es percibida sólo por el 5% de la población y un 40% por el 10% más rico. Estas proporciones son comparables solamente a las que se observan entre los países de África, cuyos niveles de ingreso per cápita son menos de la mitad de los de América Latina y superan considerablemente las de cualquier otro grupo de países (BID, 1998).

Hay quien expone que la globalización también aporta alguna oportunidad como, por ejemplo, las posibilidades que ofrecen los nuevos instrumentos técnicos de la información, que posibilitan la aparición de una ciudadanía más instruida, mejor informada y con mayor capacidad de amplificar sus puntos de vista y su presión. Tal como ocurrió en 1998 cuando la profesora de Derecho en la Universidad de Harvard y directora de la organización *Global Trade Watch*, Lori Wallach, descubrió que se estaba elaborando un tratado sobre inversiones extranjeras –el llamado Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (AMI)– que favorecía a los inversores en detrimento de los Estados (hasta el punto de que los primeros podían exigir compensaciones por cualquier acción gubernamental que pudiera disminuir su beneficio) y organizó una campaña de denuncia que rápidamente fue secundada por centenares de organizaciones internacionales, medios de comunicación –como *Le Monde Diplomatique*– y multitud de ciudadanos. Ciertamente, a los pocos meses, ante la presión ejercida por *Global Trade Watch*, la iniciativa se paralizó. ¿Significa ello que la sociedad de la información ofrece muchas más oportunidades de control político que antes?

II.3. *La sociedad de la información: ¿oportunidad o quimera?*

Una de las características consustanciales a la globalización ha sido el incremento exponencial de la capacidad para crear, transmitir y consumir información y ello hasta el punto que muchos teóricos han definido este fenómeno como el indicador más plástico para anunciar una nueva era: la de la «sociedad de la información» (Castells, 1998).

Es en este espacio en el que Internet ha surgido como una herramienta emblemática, ya que este instrumento posibilita una intercomunicación masiva que permite poner a disposición de los ciudadanos toda la información necesaria para desarrollar foros de debate y opinión, así como elaborar mecanismos fiables y transparentes de votación y toma de decisiones. Así, en estos momentos, los conceptos de «democracia electrónica», «parlamento ciudadano» o «tele democracia» inundan el debate político. Con ello, los «tecnó-optimistas», defensores de la digitalización de la sociedad, parten de que la participación en la democracia sólo está limitada por cuatro elementos (el tiempo de dedicación, el tamaño de los espacios de debate, el conocimiento necesario y el acceso a los foros y a la información) y los cuatro pueden solventarse a través de Internet. De esta forma, se considera que las nuevas tecnologías permiten abrir espacios de interlocución entre la ciudadanía y, con ello, recuperar el diálogo necesario para que la política sea fruto de una interacción entre todos aquellos interesados en lo público. Así, la utopía del diálogo directo entre los políticos y los ciudadanos podría dejar de ser un sueño. Pero todo ello puede quedarse en puras especulaciones si no existe una clara voluntad política para que eso ocurra (XCADE, 2001).

Independientemente de la mayor o menor voluntad institucional, es cierto que cada vez más se crean redes horizontales que permiten la coordinación entre diversos grupos, el intercambio de flujos de información y la organización y desarrollo de acciones

concretas. Esta coordinación se efectúa a partir de listas de distribución abiertas y de *webs* que centralizan la información de la acción –todo ligado por una amalgama de *links* por donde fluyen opiniones, contactos, información–. En este marco la acción coordinada es el resultado de la suma de las acciones previstas por cada uno de los grupos que intervienen y que, a partir de las líneas generales trazadas en los encuentros, ponen en marcha su creatividad y su capacidad organizativa de una manera completamente autónoma.

Pero, ¿es cierto que esta nueva forma de diálogo es libre, horizontal y autónoma? O, dicho de otra forma, ¿estas iniciativas están libres de control? La respuesta es negativa ya que durante los últimos años las redes de debate alternativo han sido recurrentemente intervenidas. De esta forma, actualmente, ha aparecido una especie de «ciberpolicía» que ronda y vigila los flujos de información que circulan por la red, atentando a un derecho fundamental como el de la privacidad de la comunicación personal. En el sentido expuesto, la impunidad en el control de la información es total y así lo denunciaba *Le Monde Diplomatique* en sus páginas. En ellas se informaba sobre la existencia de una enorme red de vigilancia planetaria que responde al nombre de «sistema echelon».

Pero más allá del debate sobre la transparencia y liberalidad de la sociedad de la información es preciso pensar también en quiénes componen esta sociedad. Cabe preguntarse por el llamado «gap electrónico». En esta dirección, el Informe sobre desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo de 1999 hacía público un balance del acceso mundial a las nuevas tecnologías, donde se exponía que tan sólo el 2,4% de los ciudadanos de este planeta son usuarios de Internet (alcanzando el 26,3% en Estados Unidos y el 6,9% en el resto de países de la OCDE, mientras que en el resto del mundo las conexiones se concentraban en los ámbitos gubernamentales y en las delegaciones de las ONGs).

Ante ello es posible afirmar que Internet es otro reflejo de cómo se reparte la riqueza y el poder. Así lo muestra el hecho de que el 90% de las conexiones a Internet en América Latina se concentren en los sectores con mayores rentas, que el 30% de los usuarios mundiales sean titulados superiores o que el 80% de la información esté en inglés. De esta forma, con independencia de utopías e ilusiones, cabe interpretar Internet como un medio de comunicación en manos de los segmentos más privilegiados del planeta cuyo fin último es la creación de un supermercado global al servicio de aquellos que tienen algo que ofrecer o que tengan los recursos necesarios como para comprar. Se trata de la «nueva economía» que indudablemente incide en la «nueva política».

III. ¿CÓMO INTERPRETAR LOS MOVIMIENTOS EN UN ENTORNO GLOBAL?

Una vez señaladas algunas de las características de la «nueva» sociedad globalizada cabe preguntarse: ¿Qué son y qué significan los movimientos sociales que han nacido al calor de este nuevo entorno? ¿Qué novedades conlleva su aparición en el mundo de los actores políticos colectivos? Para observarlo cabría ver cómo respondemos a

las preguntas que plantean las estrategias de análisis desarrolladas por la literatura que trabaja este tipo de actores colectivos, es decir: ¿En qué coyuntura aparecen estos movimientos? ¿Qué tipo de acción colectiva desarrollan? ¿Cómo se organizan los elementos que componen el movimiento? ¿En qué discurso enmarcan sus agravios? Y, finalmente, ¿Con qué finalidades?

Obviamente no corresponde a este apartado desarrollar pormenorizadamente estas preguntas. Con todo, es preciso hacer referencia a los aspectos a los que la literatura clásica de movimientos sociales hace referencia (Tarrow, 1997; McAdam, McArthy y Zaid, 1999), a saber: la Estructura de Oportunidades Políticas (EOP a partir de ahora) o coyuntura en que aparecen; el repertorio de acción colectiva; las estructuras conexas y sus formas de organización; los marcos cognitivos y su discurso; y finalmente, el impacto que tienen en la sociedad.

III.1. *La EOP o coyuntura*

La coyuntura que hoy se ofrece a los movimientos sociales se ha caracterizado por una enorme ausencia de espacios de socialización política (ya que durante los últimos lustros los partidos políticos han ido centrando su actividad en funciones cada vez más institucionales, haciendo dejación de sus anteriores tareas formativas, socializadoras e identitarias)² y por una notable capacidad de acceso a arenas institucionales

2. Si hacemos un breve repaso sobre la evolución de los actores colectivos se puede detectar fácilmente que los partidos políticos desde su aparición hasta la década de 1970 respondieron, entre otras cuestiones, a la necesidad de ofrecer a sus afiliados una identidad que se vinculaba a un espacio de solidaridad, unas actitudes, unos códigos y unos símbolos determinados. En este sentido, durante una buena parte de su historia los partidos absorbieron y satelizaron otras formas de participación –como diversas prácticas asociativas que, en cierto modo, se legitimaban por el hecho de vincularse a una organización partidaria–. Así, con el objetivo de integrar a las masas, los partidos (que se caracterizaban por tener los rasgos propios de los llamados «partidos de masas») desarrollaban redes y asociaciones que cubrían los más diversos aspectos de la vida cotidiana de los ciudadanos. Estos partidos de masas –de naturaleza «integrativa»– no sólo pedían el voto o exigían el pago de la afiliación, sino que desarrollaban también una notable influencia en todas las esferas de la vida cotidiana, elaborando identidades colectivas y focalizando aquellos temas que «tenían» que estar en la agenda política. Sobre la base de ello los partidos seleccionaban, reelaboraban, transformaban u omitían, los temas de interés y, por tanto, ordenaban la agenda política desde las mismas bases (A. PIZZORNO, 1996: 984). Por lo tanto, los partidos ofrecían recursos de identidad tanto a sus élites como –y sobre todo– a sus bases. Tal como expone M. CACIAGLI (1991), estos partidos de masas «generaban un mundo rojo o blanco donde no sólo se definían las cuestiones políticas, de solidaridad o apoyo mutuo, sino que también elaboraban la identidad de los “camaradas” en la que éstos se reconocían y así eran percibidos por el resto de la sociedad». En esa época, participar en la política partidaria suponía un proceso de socialización e internalización de ciertos procedimientos –más o menos democráticos– que canalizaban demandas y conflictos acotando y manejando el debate –a la par que muchas veces estos mismos partidos disponían de medios propios (radios, periódicos, editoriales, etc.) con los que reforzar las identidades e interpretar el mundo. Si comparamos lo descrito con la realidad partidaria de hoy, es fácil observar cómo los partidos se han ido «separando» de la sociedad y concentrando su atención en lo

debido a que la lógica de gestión multinivel propia de los nuevos escenarios de gobierno (en base a los cuales ha aparecido el concepto de *governance*)³, facilita el contacto con alguno de los interlocutores presentes en el espacio de toma de decisiones (McCarthy, 1999).

Con todo, los movimientos sociales de resistencia global casi no han tenido acceso a las élites políticas, partidarias ni económicas y, generalmente, han sido tildados de marginales por éstas (VV.AA., 2003). Así las cosas, en el caso que nos ocupa, es posible afirmar que las movilizaciones surgieron a pesar de la coyuntura, pues la década de 1990 –después de la caída del Muro de Berlín, la derrota electoral de los sandinistas en Nicaragua y la decadencia del proyecto revolucionario cubano– se caracterizó por la poca relevancia de los espacios de contestación al orden neoliberal, el fracaso de la izquierda tradicional y la hostilidad hacia cualquier anti proyecto al orden hegemónico.

En esta dirección cabe tener en cuenta que, según los teóricos de la EOP⁴, las oportunidades políticas –cuando existen– abren el camino para la acción (Tarrow, 1997;

que diversos teóricos (A. PANEBIANCO, 1982; R. KATZ y P. MAIR, 1995) califican como «tareas eficientes» de la política representativa. En las democracias avanzadas –a las que más de un autor califica de «democracias de audiencia»– las tareas más relevantes de los partidos son las de reclutar élites, formular políticas públicas y organizar elecciones periódicas. Así, es posible afirmar que, cada vez más, los partidos han ido abandonando su anterior faceta «integrativa» para volcarse en las cuestiones institucionales.

3. El concepto de *governance* expresa una «nueva forma» de gobierno en el que el Estado ha perdido el control monopólico de los recursos y de la agenda y, por ende, la definición y el resultado final de cualquier política ya no es percibido solamente como el efecto de un gobierno que la propone y la aplica con un propósito deliberado, sino como la consecuencia de la interacción constante entre agentes sociales de todo tipo. De esta interdependencia se desprende la existencia de diversas «redes de *governances*» referidas a ámbitos determinados de la problemática social; ámbitos que cuando se articulan y reglan terminan por crear los llamados «régimenes internacionales» (S. D. KRASNER, 1983). Así pues, los régimenes serían las reglas del juego acordadas por los actores en la arena internacional (frecuentemente Estados, corporaciones y redes de ONGs) que delimitan, para dichos actores, el rango de comportamientos legítimos o admisibles en un contexto específico de actividad (V. RITTBERGER 1993: 1).

4. Definimos como EOP a las dimensiones consistentes –aunque no necesariamente formales, permanentes ni nacionales– del entorno político que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre las gentes. De esta forma, este concepto pone énfasis en los «recursos exteriores» al grupo, que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué aspectos las autoridades son vulnerables a sus demandas y presiones. En general, estos «recursos exteriores» pueden clasificarse (aunque no siempre es posible distinguir y separar de forma meridiana los fenómenos en base a esta triple distinción) las siguientes dimensiones analíticas: a) las de carácter «sistémico», que se refieren a los niveles relativos de apertura del régimen político y que generalmente son causadas por el cambio de reglas políticas que hacen menos onerosa y costosa la movilización política; b) las de carácter «temporal y espacial», que enfatizan los elementos de la localización del movimiento en el ciclo vital de la contestación a escala doméstica e internacional; y c) las de carácter «relacional», que se fijan en los niveles de inestabilidad, en las posiciones de las élites frente a una acción colectiva de contestación, la capacidad de acceso a éstas en ese contexto, así como la aparición de aliados influyentes.

Kitschelt, 1986), pero en el caso que nos ocupa han sido los movimientos sociales quienes han creado las oportunidades para que ésta aparezca (Martí, 2003). Para ello es preciso concebir la relación entre oportunidades y movimientos sociales de una forma mucho más fluida, impredecible y crucial. Ya que si bien las oportunidades restringen y facilitan la acción colectiva, ésta por sí sola también puede generar oportunidades (cambiando, por ejemplo, marcos legislativos, administrativos, policiales, etc.) que sirven para reestructurar las bases institucionales o relacionales del sistema político (McAdam, 1998: 104-105). Por eso es preciso referirnos a la acción colectiva, a la organización de los movimientos y a su capacidad de generar nuevos discursos.

III.2. *El repertorio de acción colectiva*

Respecto a la acción colectiva cabe señalar que cada grupo tiene una historia (y una memoria) propia de la acción colectiva (Tilly, 1978), pues la gente no puede emplear rutinas de acción colectiva que desconoce, ya que en el fondo, las rutinas son productos culturales que –aunque evolucionan– tienden a ser difíciles de cambiar. A pesar de ello, uno de los activos más importantes de los movimientos de resistencia emergentes ha sido su continuada creatividad para generar nuevas formas de acción colectiva con la cual comunicar y transmitir demandas, generar solidaridad e identidad entre sus miembros y, sobre todo, desafiar a sus adversarios. El Movimiento de los Sin Tierra (MST) brasileño, tanto en su forma de generar lazos de solidaridad, en su capacidad de ofrecer servicios de forma autónoma a sus afiliados, como por su compleja relación con las instituciones, puede señalarse como un «movimiento» precursor.

En este sentido, los movimientos han incorporado al «repertorio» de acción colectiva tradicional formas nuevas que al ser aprendidas, experimentadas, vividas y asimiladas han terminado por integrarse a la «cultura movimientista». En esta dirección cabe destacar la incorporación de las nuevas tecnologías como Internet (que supuso la aparición de la primera «guerrilla virtual» ubicada en las profundidades de la selva Lacandona) y con ella la convocatoria de miles de jóvenes en las ciudades donde se celebran foros internacionales con el objetivo de bloquearlos, tal como se observó en Seattle, Washington, Monterrey o Praga donde gentes disfrazadas de tortugas *ninja*, de árboles o vestidos *tutte bianchi* actuaban como «nubes de mosquitos» en los accesos de los edificios donde se desarrollaban las convenciones o en los hoteles en que los funcionarios internacionales se alojaban (Klein, 2000).

Pero, para que esta acción tuviera trascendencia, estos movimientos sociales han tenido que generar una relación simbiótica con los medios de comunicación de masas (con todas sus ventajas e inconvenientes) pues a menudo éstos sólo se preocupan por la acción concreta que realiza un movimiento y no por las razones que lo motivaron o, incluso, distorsionan las demandas.

Así, como resultado de esta dinámica, algunos movimientos han experimentado los efectos de la lógica de los *mass media* en sus repertorios de acción colectiva. Pues una

vez convencidos de que el éxito o el fracaso de la protesta está condicionada por el interés que muestren los medios sobre ella no cabe duda que la organización, el repertorio, el discurso y la simbología de estos movimientos se han adaptado a la nueva realidad mediática tal como lo ejemplifican algunas de las acciones paradigmáticas de los últimos años, como son, entre otros: la «colgada» de un miembro de la Plataforma 0,7% de Lleida con una tienda de campaña flotante en el campanario de la *Seu* de Lleida durante 23 días para pedir una Ley de Cooperación transparente; el hecho de que la mayoría de los manifestantes en las cumbres de Praga o Washington estuvieran disfrazados dando un tono festivo a la convocatoria; que la *Confédérations Paysanne* inundara los Campos Elíseos de París con ovejas; que organizaciones de mujeres colombianas recorrieran todo el país demandando paz y justicia; que los piqueteros cortaran las carreteras en demanda de fuentes de trabajo; o que notables segmentos de la clase media argentina se reunieran en diciembre del 2001 en las plazas y avenidas para golpear sus cacerolas expresando su ira por la gestión del gobierno ante la crisis económica.

III.3. Estructuras de movilización y formas de organización

Las escuelas de pensamiento que han trabajado la agregación de intereses y el manejo de recursos a que va asociada la movilización han sido aquellas vinculadas con la tradición anglosajona. Éstas han puesto su énfasis en la capacidad de obtener y gestionar recursos por parte de los movimientos con el fin de observar cómo éstos inciden en la acción colectiva, su estructura organizativa y su potencial de movilización. Esta perspectiva parte de la premisa de que la organización formal de un actor es la que determina el curso, el contenido y los resultados de su acción. De ello se infiere que las decisiones que los activistas toman respecto de la forma que toma la organización, tiene importantes consecuencias con relación a su capacidad de obtener recursos y movilizar a los fieles, así como al grado de legitimidad que adquiere a ojos de la sociedad. A la vez que la forma, además de dar estructura y cuerpo a la identidad y a la acción de las organizaciones también ayuda (o dificulta) la articulación de relaciones con otras y con las instituciones.

El objetivo del análisis es el estudio de las estructuras de movilización, definidas como «los canales colectivos tanto formales como informales a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse a la acción colectiva» (McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 24). La forma en que los teóricos se han aproximado a las estructuras de movilización ha sido a través de la teoría de la movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1973, 1977; Gould, 1991; Kriesi, 1988; McAdam, 1986) la cual ha puesto su interés en el análisis comparado de las infraestructuras organizativas de los actores con el objetivo de comprender mejor los patrones históricos de movilización y predecir cuáles facilitan la emergencia, eficacia y consolidación de los movimientos, en el estudio de las relaciones existentes entre forma de organización, el carácter de los movimientos y el análisis en las estrategias de los movimientos y, desde hace poco, de las redes de movimientos.

En este sentido, el enfoque del neoinstitucionalismo (March y Olsen, 1989) sostiene que lo importante para que fluya la acción colectiva de un movimiento es la presencia de un «núcleo duro» que ejerza una función de liderazgo, que dote de coherencia las propuestas y que interactúe con el resto del entorno organizacional. Sobre ello, según los autores, lo que distingue a los movimientos sociales de otras instituciones es que éstos son construcciones colectivas que pivotan en torno a grupos de personas dispuestas a adoptar riesgos y que se articulan, básicamente, a través de incentivos colectivos (Ibarra y Tejerina, 1998: 18).

Una vez se constata la presencia del «núcleo duro», que supone sólo una pequeña parte del movimiento, es necesario tener en cuenta la presencia de un entorno social movilizado que apoye las exigencias y se sume a la acción colectiva que el primero profesa. Ante ello cabe preguntarse de dónde se obtiene «el entorno» que da cuerpo al movimiento ya que cuando hablamos del tamaño y de la organización de estos movimientos queda claro que éstos sólo son grandes en un sentido meramente nominal, ya que en realidad se parecen a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexiones. Por eso cuando se analiza el movimiento «contra la deuda externa» o el «zapatismo» su estudio no puede circunscribirse a las organizaciones que los lideran (el llamado núcleo duro o emprendedor), pues si así lo hiciéramos nos quedaríamos sólo con la «raspa» del movimiento. Así, es necesario tener en cuenta la presencia de un entorno social movilizado que apoye las exigencias y se sume a la acción colectiva que el primero profesa. Ante ello cabe preguntarse de dónde se obtiene este entorno que da cuerpo al movimiento.

Según McAdam (1986, 1988) las personas que configuran este entorno fluyen de la red que configuran los grupos de contacto directo. Es pues la red asociativa «amiga» la que ejerce una función de «epidermis social» de donde los movimientos obtienen los militantes de que se nutre. En base a ello podemos exponer que son los procesos grupales –más que la ideología o las consignas– los que transforman el potencial para la acción colectiva en participación. Y es que si bien son los individuos quienes componen los movimientos sociales, éstos no se movilizan sólo a través de cálculos racionales ni a partir de decisiones aisladas, sino a través de las asociaciones primarias que aportan contactos «cara a cara» entre aquellos que se profesan confianza. Es esta confianza lo que activa la acción colectiva.

Son estos núcleos sociales de micromovilización (también llamados «comunidades de acción colectiva crítica», CACC) donde se establecen los vínculos de que se nutren los movimientos sociales –que serían los movimientos asociativos, las parroquias o los grupos de estudiantes–. Estos núcleos son los «alvéolos sociales» donde la gente se compromete, genera lazos –tanto formales como informales– y decide emprender determinado tipo de movilizaciones. En este sentido, la mayor o menor presencia de CACCs en un espacio determinado es uno de los elementos a partir de los cuales predecir la capacidad de movilización. Así, dependiendo de su cantidad se podría hablar del grado de «densidad» de las redes o, en palabras de Tilly (1978), de *netness*.

En esta dirección, conseguir aliados y reclutar activistas a través de (o entre) organizaciones amigas (lo que McAdam llama penetración en los «campos multiorganizativos»)

es vital, ya que si bien hoy es inusual observar una gran densidad en la matriz organizativa de un solo movimiento social, sí que existen entornos organizativos «disponibles» que pueden observarse como espacios de reserva para el reclutamiento que una vez están activados necesitarán mantener vínculos para coordinarse e interactuar. En esta dirección, es difícil de comprender, por ejemplo, el accionar de diversos movimientos de la izquierda transformadora latinoamericana (como el MST en Brasil o la CONAIE ecuatoriana) sin tener previamente conocimiento de la labor ejercida por las Comunidades Eclesiales de Base (las CEBs) inspiradas por la Teología de la Liberación. Y si hiciéramos un estudio en profundidad de los grupos de apoyo a determinados movimientos, como el «zapatismo», nos encontraríamos con una red internacional que nos conduciría a los movimientos de solidaridad internacionalista (anteriormente vinculados, mayoritariamente, con Centroamérica) presentes en los Estados Unidos, a los grupos autónomos y libertarios italianos, o a los colectivos en defensa de los derechos humanos –sobre todo después de la masacre de Actéal (Rovira, 1996)–.

Pero una vez localizadas las CACCS es necesario estudiar aquello que hace posible la aparición de coaliciones sociales holgadas que ponen en marcha amplios ciclos de movimiento. Es en este tema que aparece el dilema de crear organizaciones que sean suficientemente firmes como para resistir a sus oponentes, pero lo bastante flexibles como para cambiar con arreglo a las circunstancias y nutrirse de la energía de sus bases en un contexto en el que generalmente no existe un cuadro permanente de activistas de base. Sobre ello se ha discutido mucho, sobre las ventajas que ofrecen las nuevas tecnologías al entorno organizativo.

Ya es un lugar común exponer que hoy la mayor parte de movimientos sociales de resistencia global del mundo utilizan Internet como una forma privilegiada de acción y de organización (Diani, 1998). Y si bien sabemos que Internet es simplemente un instrumento, también cabe añadir que lo que éste confiere a los movimientos es una herramienta de comunicación que permite la flexibilidad y la temporalidad de la acción manteniendo al mismo tiempo un carácter de coordinación y una capacidad de enfoque de esa movilización; la difusión extensiva de los códigos culturales y de valores (como el medio ambiente, el ecologismo, las mujeres o los derechos humanos) a través de la transmisión instantánea de ideas en un marco que permite la coalición y la agregación; y la posibilidad de proponer espacios de resistencia en sociedades locales, haciendo a la vez relevantes las experiencias cotidianas en el resto del mundo y permitiendo su articulación con muchas otras protestas que acaban aterrizando en algún lugar del mundo –por ejemplo, en *Cutral-co*, El Alto, Barcelona, Buenos Aires, Monterrey, Roma o Niza–. Así, Internet es la conexión global y local (Castells, 1998).

Pero con ello no se puede afirmar que las comunidades sean producto de Internet, sino que éste es sólo un instrumento que desarrolla pero no cambia los comportamientos. Internet sólo amplifica y potencia las conductas a partir de lo que son. Una de las constataciones descubiertas cuando se ha intentado medir qué influencia tiene Internet sobre la sociabilidad, se ha encontrado algo que contradice los mitos sobre la *web*. Es lo que se llama «cuanto más, más...», es decir, cuanto más red social física se tiene, más se utiliza Internet; y cuanto más se utiliza Internet, más se refuerza la red

física que se tiene. Es decir, que hay personas y grupos de fuerte sociabilidad en los que es correlativa la sociabilidad real y la virtual (Castells, 2000). En este sentido, si bien es importante tener en cuenta a la red virtual para comprender los movimientos sociales contra la globalización y para una sociedad más justa, es necesario observar previamente la existencia de unos «valores» de los que éstos partan. Es decir, Internet no creó al subcomandante Marcos, al Movimiento de Resistencia Global, a *Public Citizen* ni a *Human Rights Watch*, pero sin Internet éstos nunca hubieran sido lo que hoy representan.

III.4. Marcos cognitivos y discurso

Hasta ahora hemos hablado de estructuras de oportunidad, de estrategias organizativas y de acción colectiva, pero es necesario que haya elementos mediadores entre la oportunidad, la organización y la acción, y éstos son los significados compartidos y los conceptos por medio de los cuales la gente tiende a definir su situación. Para que exista algún tipo de movilización es imprescindible que la gente se sienta agraviada y crea que la acción colectiva pueda contribuir a solucionar la situación.

Pero a pesar del reconocimiento de que los movimientos sociales desarrollan una importante tarea en la producción simbólica existen bastantes deficiencias en el análisis sistemático de esta dimensión. Y ello es importante porque la coordinación no depende sólo de rasgos estructurales de la sociedad (como las redes o la permeabilidad de las instituciones) sino también de las «cosmovisiones» compartidas o, tal como lo definen diversos teóricos (Snow *et al.*, 1986; Snow y Benford, 1988; Eyerman y Jamison, 1991), de los «marcos de acción colectiva». Según estos autores los «marcos» son como lentes a través de las cuales se perciben las oportunidades. Son metáforas específicas, representaciones simbólicas e indicaciones cognitivas utilizadas para representar conductas y eventos de forma evaluativa y para sugerir formas de acción alternativas. Los marcos cognitivos pueden definirse como los discursos culturales para describir significados compartidos que impulsan a las personas a la acción colectiva.

Así, de la misma forma que los movimientos sociales se apoyan en redes sociales existentes, la aparición de marcos cognitivos depende también de la recuperación y transformación de elementos enraizados en la sociedad y, cómo no, de la capacidad de impactar (¿y sintonizar?) con los medios de comunicación de masas. Con todo, el «enmarque» no parte de cero, sino que es el resultado agregado de la experiencia personal, la memoria colectiva y las prácticas objetivadoras que habitualmente asociamos al concepto de cultura.

Por ello, si bien los recursos económicos y organizativos o las características del contexto político influyen en la evolución de los movimientos sociales, también es necesario considerar los aspectos simbólicos. Pues los agravios e injusticias sociales, más o menos objetivos, no son suficientes por sí mismos para el inicio de la movilización o acción política. Tiene que existir una conciencia de esas situaciones y un discurso social o una interpretación que los relacione con determinadas políticas ejercidas desde

el poder. Y, a la par de ello, es necesario un discurso que justifique, dignifique y anime la acción colectiva. En esta dirección la ideología dignifica el descontento, identifica un blanco para los agravios, forma un paraguas sobre las reivindicaciones concretas y encuentra símbolos capaces de movilizar a la gente.

Es por eso que generalmente se han definido los movimientos sociales como actores políticos colectivos creadores de significado con el objetivo de desafiar los discursos sociales dominantes y exponer una forma alternativa de definir e interpretar la realidad (Touraine, 1981; Melucci, 1985, 1988, 1990; Snow y Benford, 1988). En esta dirección es necesario un discurso que haga las tres tareas. La primera es la de «diagnóstico», que supone explicar la realidad a través de determinados valores que visualicen los agravios. La segunda es la de elaborar un «pronóstico» optimista en caso de que medie una acción colectiva. Y la última tarea es la de «motivar» a los individuos para que se movilicen. Se trata, en definitiva, de impactar y redefinir las creencias sociales compartidas que configuran el «sentido común» y hacer que se actúe de acuerdo con éste.

Así, el éxito de los movimientos sociales en un entorno global se relaciona con la capacidad de introducir determinados temas y percepciones en las creencias ya existentes en la población como, por ejemplo, hicieron las campañas Jubileo 2000, Jubileo Sur o la del Grito de los Excluidos ante una comunidad crecientemente sensibilizada por las desigualdades entre el Norte y el Sur del planeta, o la propuesta de Amnistía Internacional de crear un Tribunal Penal Internacional después de lo acontecido en los Balcanes, en la región de los Grandes Lagos, o para aclarar las responsabilidades de los crímenes políticos acontecidos durante la «guerra sucia» de las décadas de 1970 y 1980 en los países del Cono Sur y en Centroamérica.

De esta forma, el discurso elaborado por estos dos movimientos ha pretendido impactar en la acción colectiva como un dispositivo que redefiniere como «injusto lo que previamente era considerado desafortunado» (Scott, 2000) o, simplemente, fruto de una lógica neutral de la «racionalidad del mercado» o de una competición entre iguales. Pues una tarea fundamental de los movimientos sociales es convencer que las indignidades de la vida cotidiana no están escritas en las estrellas, sino que pueden ser atribuidas a alguna política, autoridades o grupo de interés y de que pueden cambiar por medio de la acción colectiva⁵.

5. La política de masas es, en gran medida, una serie de actuaciones simbólicas cuya eficacia reside en su capacidad para encontrar eco en públicos específicos. Así, los movimientos sociales pretenden enmarcar su acción colectiva en torno a símbolos escogidos selectivamente en un baúl de herramientas culturales que los promotores políticos convierten creativamente en marcos para la acción colectiva (D. LAITIN, 1992; A. SWIDLER, 1986). Sobre ello, una de las aportaciones teóricas más sugerentes en este ámbito es lo que se ha llamado *frame analysis* (o análisis de marcos interpretativos). Fue el sociólogo David Snow quien adoptó el concepto de «enmarcado» de E. GOFFMAN (1974) y sostuvo que existe una categoría especial de sobrentendidos cognitivos (definidos como marcos para la acción colectiva) que están relacionados con los mensajes a partir de los cuales los movimientos sociales construyen sus significados. En palabras de D. SNOW y R. BENFORD (1992: 137) un marco cognitivo es «un esquema interpretativo que simplifica y condensa el mundo de ahí fuera puntuando y codificando

En este sentido cabe definir a estos movimientos sociales como agentes que han desafiado el discurso dominante que ha cristalizado durante la década de 1990 para movilizar a determinados sectores de la sociedad (Gamson, 1998; Gamson y Meyer, 1999), tal como lo ejemplificó la campaña Jubileo Sur y la Red Ciudadana para la Abolición de la Deuda Externa (RCADE) al convocar a la ciudadanía a una Consulta Social. Para ello la RCADE partió de un discurso que exponía un mundo dividido entre un Norte poderoso y un Sur dependiente, donde los países del Norte concentran la riqueza y controlan las instituciones multilaterales (como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional) que dictan las políticas que impiden el desarrollo de los países del Sur. Lo que la RCADE y Jubileo Sur generaron fue una visión del «estado del mundo» a través de un diagnóstico donde la actitud de las autoridades del Norte es una de las razones de la situación de miseria que vive la mayoría de los habitantes del Sur. Y que, por tanto, la miseria que hoy padece el 68% de la población del planeta no era una fatalidad, sino el fruto de un orden que puede cambiarse si se lucha en la dirección adecuada –como, por ejemplo, participando en la Consulta Social para la Abolición de la Deuda Externa celebrada el 12 de marzo del 2000 en España o meses después en Brasil–. En este sentido las campañas para la abolición de la deuda interpretaron la realidad (a través de un mundo dividido entre Norte y Sur), hicieron un diagnóstico (la necesidad de cambiar las políticas de dominio del Norte para con el Sur) y expusieron medidas concretas (la abolición de la deuda) que sólo podían conseguirse a través de la movilización ciudadana.

Pero para incitar a la acción uno de los mayores esfuerzos de los nuevos movimientos sociales ha sido la construcción de una «retórica movilizadora» que enfrentara a la «retórica intransigente» (Hirshman, 1991). La retórica intransigente apela a tres temas fundamentales: el riesgo, la futilidad y los efectos perversos. El riesgo supone exponer que cada vez que intentamos cambiar algo se corre el riesgo de perder lo que ya se tiene y que, por tanto, la inactividad es la postura más prudente puesto que el riesgo de perder lo acumulado es mucho más previsible que las posibles ganancias. La futilidad expresa que no existen oportunidades de cambio y desde esta óptica cualquier tipo de acción no es sino una pérdida de tiempo y recursos. Los efectos perversos están relacionados con la idea de que cualquier tipo de actuación pensada para el cambio no hará sino empeorar las cosas. Para compensar esta «retórica intransigente» los activistas de estos movimientos sociales han recurrido

selectivamente los objetivos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acciones dentro del entorno presente o pasado de cada uno». En esta línea se acuñó el concepto de *frame alignment* (D. SNOW, 1986) que se refiere a la capacidad de enlazar (o alinear) el conjunto de intereses, valores y creencias individuales con las actividades, objetivos e ideología de los movimientos sociales. Este concepto sirve (al igual al del *consensus mobilization* de Klandermans) para analizar y evaluar la comunicación persuasiva de los movimientos, así como los esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas, que legitimen y muevan a la acción colectiva.

a una retórica «optimista del cambio» que apela a la urgencia a través de frases como: «si no actuamos ahora cada vez será más difícil conseguir cambios». Se trata de exponer que la acción tiene sus riesgos, pero que permanecer inactivos es mucho más arriesgado aún –tal como apelan repetidamente organizaciones ecologistas como *Rainforest Action Network* ante la desaparición de la Cuenca Amazónica, u otras organizaciones para la defensa de las culturas vernáculas como la *Anti-Slavery Society*, *Cultural Survival* ante la destrucción de pueblos originarios–. Ciertamente estos colectivos exponen que movilizarse tiene sus costes, pero que estar pasivos ante este ritmo de depredación planetaria de recursos y culturas supone, simplemente, la debacle (Melucci, 1998).

Obviamente, quienes elaboran el discurso movilizador sobreestiman la existencia de oportunidades políticas (Snow *et al.*, 1986). Es decir, que han generado prejuicios sistemáticamente optimistas semejantes al fenómeno de ver siempre «la botella medio llena». Pero de hecho, sólo las percepciones poco realistas de lo que es posible pueden alterar lo posible. Se trata de enarbolar la frase de «¡lo conseguimos porque no sabíamos que era imposible!». Y si bien ello puede parecer ingenuo, en el fondo, se trata del mismo principio que apela Max Weber en su ensayo *La política como vocación* diciendo que: «la política consiste en una dura y prolongada lucha para abrirse paso a través de tenaces resistencias [...]. Es completamente cierto, y así lo prueba la historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez...».

III.5. Impactos del movimiento

Hasta ahora hemos visto cómo la estructura de oportunidades crea incentivos para que se formen determinados movimientos sociales basados en redes sociales preexistentes, que usan un repertorio de acciones colectivas definido y unos marcos culturales en torno a los cuales se movilizan sus seguidores... pero todo ello ¿qué frutos produce?

Es necesario preguntarse cuáles son los rendimientos de los movimientos sociales, por qué a ellos se les atribuyen múltiples transformaciones (Ibarra, Martí y Gomà, 2003). Otra cuestión es que no es nada fácil identificar los resultados políticos concretos que se derivan de la acción colectiva de un movimiento, dado que en la formulación final de los «productos» se entrecruza la voluntad y la actividad de muchos otros actores políticos. Con todo, es clave incidir en ello porque uno de los grandes retos de los estudios sobre movimientos sociales es el de evaluar si éstos logran (o no) las reivindicaciones por las cuales se movilizan.

Este tema es crucial pues sabemos muy poco sobre el impacto de los movimientos sociales en el cambio social. En parte porque es muy difícil demostrar la cantidad y la calidad del cambio que produce un movimiento social y, en consecuencia, relacionarlo con las características particulares del movimiento. Y también porque, a pesar de los grandes avances teóricos en esta área, todavía no se ha construido una teoría sobre el

éxito de los movimientos a pesar de que tenemos ejemplos relativamente exitosos como el movimiento de defensa de Derechos Civiles en los Estados sudistas de Norteamérica, las campañas antinucleares como *Campaigne of Nuclear Disarmament*, las movilizaciones contra la guerra del Vietnam o el movimiento para la supresión del servicio militar obligatorio en España.

Pero a pesar de lo poco que se sabe, a los movimientos sociales se les atribuye productos en los cuatro ámbitos en que se puede diseccionar la actividad política: el «simbólico», con cambios en los sistemas de valores, opiniones, actitudes y conductas sociales e individuales y la formación de nuevas identidades colectivas; el «interactivo», con la capacidad de hacer emerger nuevos actores políticos o de generar cambios en la estructura de representación política y en los sistemas de alianzas; el «institucional», con la habilitación de nuevos procedimientos administrativos y la creación de nuevos espacios y mecanismos estables de negociación con autoridades; y el «sustantivo», empujando el cambio de ciertas políticas gubernamentales en marcha; obteniendo derechos individuales, civiles y sociales y, en definitiva, creando nuevas oportunidades para la movilización.

Para observar el impacto de los movimientos sociales en la arena política, social y económica es preciso adoptar alguna herramienta analítica. Ante ello, adoptamos las que proceden del análisis de políticas públicas, entendiendo a éstas como un proceso. Así las cosas, lo primero que haremos será diseccionar el impacto de los movimientos en cada una de las etapas de que se compone, a saber, la aparición de un tema, su acceso a la arena pública, su inclusión en la agenda política, la formulación de medidas para responder la demanda, su ejecución y el impacto de ésta.

En el caso que nos ocupa queda claro que los movimientos que han emergido en el contexto de la globalización han elaborado una nueva simbología de resistencia ante un orden de cosas que, desde finales de la década de 1980, parecía indiscutido. Ciertamente, desde la caída del Muro de Berlín, tanto los políticos como los directivos de las agencias multilaterales elaboraron la retórica de que las políticas que se estaban ejecutando eran «las únicas posibles» y que, por tanto, no había espacio para la oposición, la disidencia o la simple discusión. Con todo, el surgimiento de estos movimientos ha supuesto la aparición de grietas en este discurso hasta el punto de que en los últimos foros internacionales (desde Seattle a Praga) los mismos dirigentes del Fondo Monetario Internacional y más de un presidente del G-7 expusieran (en un ejercicio de humildad) que quienes se manifestaban en las calles también tenían sus razones y motivos.

En cuanto al mapa de actores y su impacto en las instituciones, la aparición de los movimientos de resistencia global ha supuesto una «revolución» en el plácido magma en que hasta la fecha vegetaban muchos partidos, representantes institucionales y grupos de interés. Con su aparición muchos actores tuvieron que posicionarse sobre temas que hasta la fecha no estaban en la «agenda», a la vez que aparecían fenómenos inimaginables (como insurgentes cuya única arma era la transmisión de manifiestos que se filtraban por la red) y se celebraban nuevos foros de debate que planteaban otra forma de concebir la política, la ciudadanía y la globalización como los Encuentros

intergalácticos por la humanidad y contra el neoliberalismo celebrados en la selva Lacandona, o las ya diversas convocatorias del Foro Social Mundial (FSM) celebradas en Porto Alegre y (el año 2004) en Mumbay. Este último ejemplo, el de los FSM, es probablemente uno de los más significativos ya que si bien en sus primeras convocatorias fueron considerados por los *mass media* internacionales como encuentros marginales, a partir del año 2002 éstos empezaron a competir mediáticamente con el Foro Social Económico de Davos, convirtiéndose en un polo de atracción de activistas, redes de ONGs y de formaciones políticas progresistas.

Lo que aún queda por observarse es el impacto de estos movimientos en las políticas de los gobiernos y en las instituciones multilaterales y ello a pesar de que no es nada fácil identificar los resultados políticos concretos que se derivan de la acción colectiva de un movimiento, dado que en la formulación final de los «productos» se entrecruza la voluntad y la actividad de muchos otros actores políticos⁶. Así, quizás necesitaremos cierta distancia temporal para poder ver en perspectiva cuáles fueron los resultados de las «campañas» para la abolición de la deuda externa, el fruto de avasallar las cumbres celebradas por la OMC, el BM y el FMI o la fructificación de las ideas alternativas que de forma masiva e instantánea circulan en la red.

IV. ¿QUÉ TIPO DE MOVIMIENTOS NOS DEPARA EL SIGLO XXI?

Finalmente, a la vista de lo expuesto, parece que la aparición de los nuevos movimientos y de las redes de resistencia contradice la hipótesis elaborada durante la década de 1990, de que los «nuevos» movimientos sociales (pensando básicamente en la mayoría de las ONGs que aparecieron durante la década pasada) habían debilitado su enfrentamiento con las instituciones políticas, habían retirado al Estado de la «galería de los culpables» y habían naturalizado la marginación presentándola como una inevitable consecuencia de los méritos y deméritos individuales. Y que, fruto de ello, estos movimientos de nuevo cuño focalizaban sus reivindicaciones en un problema particular, renunciando a respuestas globales, a la par que pretendían asumir funciones dirigidas al bien común en alguno de los «nichos» de acción desde una visión gerencialista.

6. Ello, sin embargo, supone la adopción de un enfoque de análisis pluralista donde la acción estatal se relacione con el cada vez más complejo mundo de acciones e interacciones entre los actores sociales e instituciones públicas. Este tipo de análisis supone otra forma de entender los procesos de gobierno, haciendo mucho más flexible la divisoria de lo privado y lo público y, dentro de este último, repensando la rígida jerarquización del ámbito territorial de antaño. Así, la capacidad de gobernar ya no aparece como una actividad unidireccional y monopolista, sino a través de una lógica relacional más compleja: el *governance*. De esta forma las redes de múltiples actores interdependientes, con relaciones más o menos conflictivas o consensuales y con una distribución asimétrica de recursos (y con recursos de muy distinta naturaleza), aparecen como nuevos espacios de regulación social donde los movimientos sociales pueden tener una mayor presencia en el caso de que lideren determinadas temáticas. Será a través del estudio basado en el análisis de redes que se podría evaluar el impacto de los movimientos sociales en cada una de las fases de que se compone una política pública.

Frente a la hipótesis expuesta, parece emerger otra que augura la aparición de nuevos movimientos de carácter radical que presentan un discurso holístico, confrontativo y global. En esta clasificación estarían los citados movimientos «resistentes» a que nos hemos referido a lo largo de este trabajo. Con todo, es difícil separar nítidamente unos movimientos (más cercanos a una visión gerencialista) de otros (más confrontativos) ya que si observamos atentamente quiénes componen las «redes de resistencia global» podemos encontrarnos con la sorpresa de que los integrantes de ésta sean la constelación de ONGs locales que, en su ámbito más cercano, se dedican a satisfacer y paliar las necesidades generadas por la vulneración de derechos y activos en el espacio inmediato en que están cotidianamente insertos.

Así las cosas, aparecen nuevamente dos cuestiones recurrentes en el estudio de este tipo de actor colectivo. Por un lado, la dificultad de distinguir en los movimientos sociales entre «el todo» y «las partes» y, por otro lado, la complejidad y simultaneidad de intereses e identidades que tienen cada uno de sus miembros. Por todo ello, si tuviera que escoger una imagen que sintetizara la naturaleza de estos movimientos sociales optaría por la de un calidoscopio. En ella se puede distinguir, por un lado, la plasticidad generada por la posición que ofrece el conjunto de elementos (el todo) y, por otro, cada uno de éstos, con su propia entidad. Pero cuando creemos que hemos aprehendido las características de la composición cromática de la imagen retenida, un leve movimiento transforma completamente su forma.

Para terminar, sólo cabría exponer la dificultad de clasificar estos movimientos en base a una lógica temática, pues si bien cada uno gravita alrededor de una demanda concreta (el medio ambiente, los derechos humanos, el género, el acceso a la tierra, fuentes de trabajo, las cuestiones Norte-Sur, etc.) la lógica de sus discursos es transversal. Es decir, que cada uno de los movimientos utiliza una de las reivindicaciones expuestas para luego desarrollar un discurso holístico y genérico.

Por otro lado también son muchas las preguntas que aparecen a la hora de analizar este movimiento como un actor individualizable, ya que cuesta pensar en un movimiento organizado y homogéneo. Incluso podría afirmarse que lo que los medios califican de «movimiento antiglobalización» o de «resistencia global» es una «ola de protesta» a raíz de algún acontecimiento puntual: la celebración de una «contracumbre», la organización de un foro social, la protesta contra alguna conferencia internacional, etc. En esta dirección podría afirmarse que en el interior de estas manifestaciones se encuentran colectivos, organizaciones y formaciones políticas con múltiples y diversos posicionamientos y que lo único que los une es un mínimo común denominador: la oposición y crítica al orden hegemónico realmente existente. Pero no sólo es eso, esta hipótesis también podría apoyarse demostrando la débil y etérea estructura orgánica de este tipo de manifestaciones. Las coordinadoras nacidas al calor de cada una de las «contracumbres» se disuelven una vez celebradas y después sólo quedan páginas *web* y los *links* con manifiestos. Así, parece que la red se diluye y se relaja una vez desactivada la tensión de un acontecimiento y que, al final, el único fruto duradero (que no tangible) es la memoria colectiva, los lazos personales resultantes del trabajo en común y las complicidades entre los diversos nodos.

De lo expuesto se podría plantear la inexistencia de un «movimiento antiglobalización» propiamente dicho. Con todo, a raíz de este nuevo fenómeno de movilizaciones puede afirmarse que sí ha aparecido una sensibilidad compartida entre notables colectivos de diversos países, nuevas dinámicas de trabajo (a través de grupos de afinidad, acción directa y de redes extensas) y de entender la política (a partir de focalizar el trabajo en el espacio local e internacional), así como la aparición de redes latentes que se activan en determinadas movilizaciones puntuales y que durante el resto del tiempo cada colectivo desarrolla su trabajo en su espacio cotidiano. En esta dirección quizás cabría plantear la disyuntiva de si estamos hablando de un nuevo tipo de movimiento (más laxo y que incluye diversas identidades sociales básicas) o de un encuentro intermitente de movimientos que gracias a las nuevas tecnologías y la reducción de las distancias reales coordinan actividades –con una gran trascendencia mediática– en momentos puntuales configurando un actor de nuevo cuño: un «movimiento de movimientos».

V. BIBLIOGRAFÍA

- ACKERMAN, Paul y DUVALL, Jack. Non Violent Power in the Twentieth Century. *Political Science and Politics*, 2000, vol. XXXIII, n° 2, pp. 147-154.
- BID. *América Latina frente a la desigualdad*. Washington: BID, 1998.
- BECK, Ulrich. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas de la globalización*. Barcelona: Paidós, 1998a.
- *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 1998b.
- CACIAGLI, Mario. *¿Condenada a gobernar? La Democracia Cristiana en el sistema político*. WP ICPS, # 41. Barcelona.
- CASTELLS, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 2. Madrid: Alianza, 1998.
- Internet y la sociedad red. En *Lliçó inaugural del programa de societat de la informació i el coneixement*, 2000, <http://www.uoc.es/web/cat/articles/castells/print.html>.
- DIANI, Mario. The Concept of Social Movement. *The Social Review*, 1992, vol. 40, pp. 1-25.
- Las redes desde una perspectiva de análisis. En IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta, 1998, pp. 243-270.
- EYERMAN, Ron y JAMISON, Andrew. *Social Movements: A Cognitive Approach*. Cambridge: Polity Press, 1991.
- GAMSON, William. Political Discourse and Collective Action. *International Social Movement Research*, 1998, vol. 31, pp. 219-244.
- GAMSON, William y MEYER, David. Marcos interpretativos de la oportunidad política. En MCADAM, Dough; MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999, pp. 389-412.
- GOFFMAN, Erving. *Frame Analysis. An Essay on the Organization of Experience*. Cambridge: Cambridge University Press, 1974.
- HELD, David y MCGREW, Anthony. *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Barcelona: Paidós, 2003.

- HELD, David; MCGREW, Anthony; GOLDBLATT, David y PERRATON, Jonathan. *Transformaciones globales. Política, economía y cultura*. México: Oxford University Press, 2002.
- HIRSCHMAN, Albert. *The Rethoric of reaction*. Cambridge: Harvard University Press, 1991.
- IBARRA, Pedro. ¿Qué son los movimientos sociales? En IBARRA, Pedro y GRAU, Elena (eds.). *Una mirada sobre la red. Anuario de movimientos sociales*. Barcelona: Icària, 2000, pp. 11-26.
- IBARRA, Pedro y MARTÍ I PUIG, Salvador. Los movimientos antiglobalización. En ADELL, Ramón y FUNES, María Jesús (eds.). *Movimientos sociales: Cambio social y participación*. Madrid: UNED, 2003, pp. 285-318.
- IBARRA, Pedro; MARTÍ I PUIG, Salvador y GOMÀ, Ricard. *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona: Icària, 2003.
- IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín. *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta, 1998.
- KATZ, Richard y MAIR, Peter. Changing Models of Party Organization and Party Democracy. *Party Politics*, 1995, vol. 1, n° 1, pp. 5-28.
- KITSCHELT, Herbert. Political Opportunity Structure and Political Protest: Antinuclear Movements in Four Democracies. *British Journal of Politics Science*, 1986, vol. 16, pp. 57-85.
- KLANDERMANS, Bert. La construcción de la protesta social y los campos pluriorganizativos. En LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.). *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS, 1994, pp. 183-220.
- KLEIN, Naomi. Como una nube de mosquitos. *Viento Sur*, 2000, vol. 53, pp. 57-70.
- *No Logo*. Barcelona: Paidós, 2001.
- KRASNER, Stephen. *International Regimes*. Ithaca: Cornell University Press, 1983.
- KRIESI, Hans. La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político. En MCADAM, Dough; MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999, pp. 221-261.
- LAITIN, David. *Identity in Formation*. Ithaca: Cornell University Press, 1992.
- MARCH, James y OLSEN, Johan. *Rediscovering Institutions*. New York: Free Press, 1989.
- MARTÍ I PUIG, Salvador. *El moviment antiglobalització explicat als meus pares*. Barcelona: Editorial Columna, 2003.
- MCADAM, Dough. Recruitment to High-Risk Activism: The Case of Freedom Summer. *American Journal of Sociology*, 1986, vol. 30, pp. 64-90.
- Orígenes conceptuales, problemas actuales, direcciones futuras. En IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta, 1998, pp. 89-110.
- Oportunidades políticas. Orígenes terminológicos, problemas actuales y futuras líneas de investigación. En MCADAM, Dough; MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999, pp. 49-70.
- MCADAM, Dough; MCCARTHY, John y ZALD, Mayer. *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999.
- MCCARTHY, John. Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades. En MCADAM, Dough; MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999, pp. 205-220.
- MELUCCI, Alberto. The Symbolic Challenge of Contemporary Movements. *Social Research*, 1985, vol. 52, n.º 4, pp. 789-816.
- *Nomads of Present*. Philadelphia: Temple University Press, 1989.

- La experiencia individual y los temas globales en una sociedad planetaria. En IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta, 1998, pp. 361-382.
- OFFE, Claus. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema, 1988.
- PANEBIANCO, Angelo. *Modelos de partidos*. Madrid: Alianza, 1990.
- PIZZORNO, Alessandri. Mutamenti nelle istituzioni rappresentative e sviluppo dei partiti politici. En BAIROCH, Paul y HOBBSBAWN, Erick (eds.). *Storia d'Europa. L'età contemporanea. Secoli XIX-XX*. Torino: Einaudi, 1996, pp. 961-1056.
- RIECHMAN, Jorge y FERNÁNDEZ BUEY, Francisco. *Redes que dan libertad. Una introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós, 1994.
- RITTEBERGER, Volker. *Regime Theory and International Relations*. London: Clarendon Press, 1993.
- ROVIRA, Guiomar. *Las mujeres del maíz*. México: ERA, 1996.
- SCOTT, James. *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: ERA, 2000.
- SNOW, David et al. Frame Alignment Process, Micromobilization and Movement Participation. *American Sociological Review*, 1986, vol. 51, pp. 464-481.
- SNOW, David y BENFORD, Robert. Master Frames and Cycles of Protests. En MORRIS, George y MULLER, Douglas (eds.). *Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven: Yale University Press, 1992, pp. 133-155.
- SWILDER, Ann. Culture in Action: Symbols and Strategies. *American Sociological Review*, 1986, vol. 51, pp. 273-286.
- TARROW, Sidney. *Poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y política de masas en el estado moderno*. Madrid: Alianza, 1997.
- Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales. En MCADAM, Dough; MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999, pp. 71-99.
- TEJERINA, Benjamín. Los movimientos sociales y la acción colectiva. De la producción simbólica al cambio de valores. En IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta, 1998, pp. 11-138.
- Movilización política y construcción de nuevas identidades colectivas en el contexto de la globalización. En *VI Congreso de la AECPA*. Barcelona, 2003, pp. 147-186.
- TILLY, Charles. *From Mobilization to Revolution*. Reading: Addison Wesley, 1978.
- Conflicto político y cambio social. En IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta, 1998, pp. 25-41.
- TOURAINÉ, Alain. *The Voice and the Eye. An Analysis of Social Movements*. Cambridge: Cambridge University, 1981.
- VV.AA. *We are everywhere. The Irresistible Rise of Global Anticapitalism*. Londres: Verso, 2003.
- VALLÈS, Josep. *Ciencia política. Una introducción*. Barcelona: Ariel, 2000.
- XCADE. *La Consulta social per l'abolició del deute extern*. Barcelona: Mediterrània, 2001.
- ZALD, Mayer. Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos. En MCADAM, Dough; MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999, pp. 369-388.
- ZIEGLER, Jean. *La fam al món explicada al meu fill*. Barcelona: Edicions 62, 2000.